

**Verónica Rodríguez Martínez**

**CPI Conde Fenosa (A Coruña)**

**GALICIA**



Las olas bailan con la orilla. El viento baila con las olas y las gaviotas bailan con el viento.

Mi pelo no baila con nadie. Debería soltármelo y bailar con todos ellos, supongo. Bailar al son de esa melodía que no deja de repetirse, que no puedo dejar de repetir. Que, siendo siempre la misma, cada vez cambia más de significado, hasta el punto de volverse incomprensible. Aunque, ¿acaso el significado no es sino el que yo le ponga?

Al principio, todo fluye. Los movimientos de mi cuerpo se enlazan a la perfección entre ellos y con la música. Luego, aparece el obstáculo. La antítesis de la creatividad. Mis pies se frenan y yo trato de moverlos corriendo tras la melodía que cada vez me lleva una ventaja más considerable. Mis pasos se vuelven inorgánicos, inseguros. Miro para todas partes buscando quién sabe qué en quién sabe dónde, pero se acaba la música.

Se calla la guitarra y, después de escuchar el último e inútil “*wish you were here*”, estoy sola.

Me siento y parece que es el mundo el que siento encima. Y vuelve a sonar la guitarra.

Y me voy corriendo a quién sabe dónde, huyendo de la nada en la que estaba cayendo, o entrando en ella cada vez más.

Así que yo creía diferenciar el cielo del infierno... Creía diferenciar el dolor, del cielo azul en el que bailan las gaviotas que bailan con el viento que baila con las olas que bailan todas ellas con la orilla con una naturalidad humillante.

Tal vez por eso mi pelo no baila, siempre he sido muy orgullosa.

Puede que por eso haya llegado hasta esta playa. Puede que por eso esté aquí, sentada, inspirando (me) y expirando (me) lentamente.

Tal vez sea cierto que donde duele, inspira.

Un mechón de pelo escapa del recogido y, sin pedir permiso, se une a la danza; y yo me suelto el pelo. Me lo suelto y agito la cabeza para apartármelo de la cara con un movimiento casi bonito.

Y es que, no sé. Tal vez sea eso. Apartarse el pelo de los ojos, o mirarle a los mismos al mar sin pensar en el peligro de las olas. Que toda la belleza salga de quién sabe dónde; la serendipia y sus derivados.

Tal vez sea escuchar la canción sin tratar de entenderla.

Pero bailarla hasta que se acabe, por si no se repite.

Siempre bailarla.